

Entre la universidad y el territorio. Pueblo, reforma y revolución en militantes universitarios (1966-1976)¹⁵⁵

Humberto Cucchetti*

Un conjunto de debates sigue girando alrededor del fenómeno de politización y radicalización militante que se inicia durante la década de 1960. Las categorías de nueva izquierda, izquierda revolucionaria y peronismo revolucionario son utilizadas para dar cuenta de tal proceso de agitación estudiantil y de creación de entramados organizativos con vocación revolucionaria de toma del poder de Estado. Tal proceso se explica, en parte, por la extensión de medidas represivas en el propio fuero universitario. Así, la legitimidad de la militancia universitaria se profundizaría en el pasaje a la política extraacadémica. En esa dirección se despliega un abanico nebuloso de actores, redes y métodos de acción contestataria. En tal sentido, el peronismo mismo es transformado por tales circunstancias históricas y por el advenimiento de una radicalidad política que parece trastocar los fundamentos de la autoridad discursiva (Perón, el orden sindical-estatal, cierto estatus partidario legítimo). Retomando algunos trabajos sobre el tema en cuestión, la presente propuesta se propone ir al fondo de una discusión en la que los procesos aludidos son abordados a partir de la pertinencia o no de la categoría de populismo. Viendo esta nueva participación

de universitarios en la vida política nacional por intermedio de su adhesión al peronismo, ¿es el populismo una categoría pertinente para dar cuenta del período en cuestión? ¿Es posible pensar en términos de “militancia populista” o se trata, por el contrario, de una ruptura en los acontecimientos que pone en tela de juicio la continuidad de una versión clásica del fenómeno peronista? Entre lectura bibliográfica y análisis de manifestaciones empíricas, este texto pretende fijar las bases conceptuales y metodológicas de tal tipo de interrogación.

Introducción

Dos ideas básicas subyacen al presente análisis. La primera, de características casi globales, señala a las universidades como fuerte teatro social e intelectual de movilización política. Aunque cronológicamente anterior, tal proceso coincide con el período argentino 1966-1973. La segunda indica que el mundo universitario, profundamente hostil al peronismo desde sus orígenes, se ve desgarrado por lo que se ha llamado “peronización de los estudiantes”. El teatro institucional asociado al reformismo universitario comienza a convivir estrechamente, desde inicios de la década de 1960, con dos procesos por demás originales (vistos en perspectiva histórica): de un lado, la circulación de valores alrededor del “pueblo” y de la “revolución” (el reformismo, en dicho sentido, se encuentra relegado en su estado puro); de otro lado, el imperativo de que, por diferentes razones, la militancia universitaria debía aso-

155 El presente trabajo fue publicado originalmente con el título “¿Revolucionarios o peronistas? Los años 1960-1970 en Argentina bajo el prisma de la categoría de populismo” en la revista internacional *IdeAs, Idées des Amériques*, 14/2019, en el marco de un dossier sobre “Populismes dans les Amériques” dirigido por Luc Capdevila, François Vergniolle de Chantal y Jean-Christian Vinel.

* Doctor en Ciencias Sociales por la Universidad de Buenos Aires en cotutela con el Doctorado en Historia y Civilizaciones de la École des Hautes Études en Sciences Sociales (París). Magíster en Ciencia Política y Sociología con mención en Sociología. Especialista en Docencia Universitaria.

ciarse —incluso trasladarse o reconvertirse— a experiencias territoriales, sean sindicales, sean barriales, sean definitivamente activistas o incluso de acción directa.

Así, nuestro enfoque va a retomar el período en cuestión reparando en las transformaciones que atraviesa el peronismo durante los años sesenta, donde la influencia universitaria (la penetración del peronismo en el mundo universitario, así como la adhesión al peronismo de estudiantes de importantes universidades del país) complejiza su mera caracterización en términos de fenómeno populista. En tal sentido, en su primer gran período de existencia (1944-1955), el justicialismo habría encarnado una manifestación típico-ideal de la categoría de populismo. Es cierto: tal caracterización no es excluyente de otras más o menos contiguas, como lo plantean los debates acerca de los totalitarismos y, en especial, los fascismos. Su abordaje en términos de régimen autoritario “nacional-popular” alcanzó, desde la evolución de los trabajos del sociólogo italiano radicado en Argentina Gino Germani (Amaral, 2018), un cierto consenso en la descripción de las dinámicas sociopolíticas presentes en tal fenómeno. Desde dicha veta, otras lecturas más recientes coinciden en definirlo como “nacional-populismo” (Taguieff, 2002) o, alternativa y recientemente, en términos de “democracia hegemónica” (Rouquié, 2016).

El peronismo histórico, o primer peronismo, se estructura alrededor de un Estado redistribuidor y de sectores industriales y sindicales, en base a principios nacionalistas y tomando como eje dos figuras: Juan Domingo Perón y Eva Duarte de Perón. ¿Qué sucede, en cambio, cuando pretende abordarse una etapa de la historia peronista en la que sus parámetros de funcionamiento y reproducción parecen profundamente amenazados? Tal es el caso del período largo, complejo e internamente contradictorio que se abre desde el golpe de Estado de 1955 hasta el fallecimiento de Perón, en plena tercera presidencia, el 1° de julio de 1974. Se ha señalado que la plasticidad organizativa es un rasgo central para comprender la larga historia de la supervivencia peronista (Levitsky, 2005). Sin

embargo, en el cruce de dos niveles históricos, el de la historia local y el de las circulaciones transnacionales, el período 1955-1974 ofrece un contexto singular del cual los actores peronistas no están exentos. Entre la profundización de una experiencia social y política que ha sido desalojada militarmente del poder (con el propio Perón destinado a un largo y por momentos penoso exilio) y la emergencia de una radicalización juvenil y universitaria por demás dinámica a escala internacional, un significado singular de lo revolucionario penetra los espacios militantes y actividades de la adhesión peronista.

A partir de esta base histórica, retomando debates historiográficos así como elementos empíricos diversos, podemos abordar el interrogante que se presenta en el título de nuestra contribución. En ese sentido, evocar la pertinencia de la idea de populismo para dar cuenta de las transformaciones atravesadas por el movimiento en cuestión durante la época aludida busca enriquecer la comprensión de las tensiones que se presentan en los años de la radicalización justicialista. Para ello, hemos organizado nuestra contribución en tres grandes momentos. En primer lugar, ofreceremos una síntesis bibliográfica donde se aborda desde diferentes ángulos, a veces indirectamente, el problema de nuestro análisis. En segundo lugar, apelando a fuentes heterogéneas y a investigaciones precisas y minuciosas, abordaremos cómo se presenta una relación de solidaridad/tensión entre las manifestaciones más clásicas del fenómeno (que podrían ser calificadas de “populistas”) y expresiones de una radicalidad que se propone ir más allá de los marcos conocidos, hasta la época, de la acción peronista. Finalmente, como conclusión, damos cuenta de un debate no saldado alrededor de tal cuestión, pensando en qué medida la exacerbación de principios revolucionarios habría evacuado (o no) los elementos constitutivos de la adhesión peronista, en particular uno de ellos: la fidelidad a Perón. La aclimatación de procesos transnacionales (guerras anticolonialistas, Revolución cubana y Concilio Vaticano II) ofrece así otros temas de discusión que aluden a la capacidad de absorción (y a los límites de la misma) que evidenció el peronismo en tales años.

Populismo y dinámicas de la radicalización estudiantil

Una primera y sintética lectura del período abordado¹⁵⁶ nos lleva a constatar que el eje conceptual “populismo” se ve en gran medida desplazado por otros fenómenos preponderantes (agitación revolucionaria, organizaciones armadas, nueva izquierda, compromiso juvenil, radicalización política, etc.). Sin embargo, este desplazamiento no es total ya que algunas alusiones a la cuestión populista emergen mas no sea indirectamente en determinadas interpretaciones.

Es importante no olvidar que los cambios sociales y culturales (Manzano, 2017; Cosse, 2010) que vive el país no son ajenos a procesos más vastos que se presentan en diferentes sociedades nacionales (Hobsbawm, 1994). Ahora bien, la extensión de la población universitaria, así como la influencia de revueltas estudiantiles en Argentina, están ambas asociadas a particularidades propias de la política local que refractan en gran medida los rasgos propios de la politización juvenil —que en el país se conoció como “nacionalización” y/o “peronización” de los estudiantes—. ¹⁵⁷ El peronismo, resignificado en clave disruptiva debido a su exilio y a la permanencia de la fidelidad que aún despertaba en los medios obreros, comenzaba a expresar un valor contestatario, una revisión revolucionaria de tipo “maoísta” (léase “popular”) del principio de la guerra prolongada de masas. Esto es, la etapa clásica de la guerra fría (bloque capitalista vs. bloque comunista) daba lugar a conflictos dispersos y triangulares, donde los intereses del Tercer Mundo podían pensarse localmente, aunque sin ahorrar conflictos y controversias, a partir de la adhesión al peronismo entendido como *socialismo nacional*.

Así, tales años en ebullición son marcados por dimensiones bien arraigadas en la política argentina, a saber, su fuerte inestabilidad institu-

cional y la “legitimidad perdida”¹⁵⁸ de su sistema político: la erradicación del peronismo de la vida política y sus proscripciones parciales o totales, así como el grado de politización de las fuerzas armadas, son incentivos importantes que favorecen la extensión y radicalización de la actividad contestataria extrapartidaria. Todo esto, potenciado por acontecimientos internacionales que se inscriben en una cultura general proclive a la transformación estructural del orden vigente.

La proscripción del peronismo, la emergencia de la llamada Resistencia, la existencia de un sindicalismo combativo y la persistencia de una identidad popular peronista llevaron a reconocer su radicalidad y su “potencialidad” revolucionaria. Como en pocos escenarios, la Argentina de los sesenta mostró la coexistencia, la cooperación (también los antagonismos) entre aquello que Pascal Ory (2017) advirtió, para diferentes sociedades y momentos históricos, como dos fenómenos unidos por un tronco mesiánico y utópico común: mitología de izquierda radical y reivindicación populista.

La reconsideración del peronismo entrañó un fenómeno vasto de adhesión a un movimiento aborrecido en 1955, que había sido calificado sucesivamente de nazi-fascismo, totalitarismo, autoritarismo o, buscando una fórmula más matizada, “movimiento nacional popular” (Amaral, 2018). Diferentes oleadas autoritarias tanto civiles como militares, y con la ayuda de una revalorización de la idea de pueblo y de los métodos insurreccionales, generaron la llegada de nuevos actores al peronismo. Desde este punto de vista, se trata de una dinámica de clase social, de la llamada “clase media” que, sobre todo a partir de sus trayectorias intelectuales, habría extrapolado sus orientaciones de clase social (sentimiento de vanguardia, objetivos socialistas) hacia el peronismo (Spinelli, 2013). Tal idealización (Sigal, 1991) no habría impedido la reproducción de viejos prejuicios antiperonistas (descon-

156 Como es de suponer, citamos sólo algunas lecturas significativas, entre otras que habrían podido señalarse.

157 Lo que no quiere decir que el peronismo haya sido un destino omnipresente en la politización juvenil.

158 En relación con la cuestión de la legitimidad, ver Amaral (1993) e Hilb-Lutzky (1984).

fianza hacia Perón, rechazo hacia la dirigencia sindical) en el interior del propio movimiento justicialista (Spinelli, 2013: 203).

Conviene destacar que una parte importante de los estudios propuestos giraron alrededor de indagaciones típicas en términos de historia intelectual. La revalorización del peronismo, incluso su definición, es obra de intelectuales comprometidos en los debates públicos (Neiburg, 1998). Progresivamente, se fue construyendo un campo “nacional-revolucionario” en el cual los intelectuales de izquierda comenzaron a comprender al peronismo bajo otras connotaciones, imponiendo una apertura hacia la cuestión nacional (Georgieff, 2008). El peronismo fue un reordenador de las significaciones de la cultura de izquierda, promoviendo un encuentro entre socialismo y nación (Altamirano, 2011: 97). Así, esta revisión supuso un fenómeno de clase: actores provenientes de los sectores medios y universitarios que se ocupaban de desterrar la vieja asociación fascismo/peronismo para proponer a este último como horizonte de la transformación social. Esto supuso igualmente una verdadera representación de la clase media como actor de la historia argentina a partir de una lectura populista: el encuentro con el peronismo, según Oscar Terán, ofrecía una “estructura de culpabilización” donde se denunciaba su “europeísmo”, sus opciones desacertadas durante el 17 de octubre de 1945 (Terán, 2017: 93-94, 139). En contrapartida, la idea de un “pueblo sano” integraba esta retórica (Terán, 2017: 167-168). Se van cimentando así las bases de un populismo radical que movilizará, tiempo después, referencias intelectuales y activistas, dando lugar a la memoria de un “peronismo verdadero” que se encarnará en Montoneros: allí, la revolución se transformará en un hecho absoluto (Altamirano, 2011: 154-157).

Además de la dimensión intelectual señalada más arriba, una idea emerge para dar cuenta de la especificidad de tal proceso de ebullición política y cultural: la nueva izquierda. Se trata de un efecto de generación y de ruptura generacional producido por el hecho peronista (Altamirano, 2011: 70-73). Se trata, asimismo, de un fenómeno activista, que en su versión extrema

incluyó la radicalización armada. La expresión conoce una gran diversidad de significados según los autores y las autoras en cuestión (Tortti, 2000), abarcando fenómenos y manifestaciones heterogéneos, incluso contradictorios. Además de sus ribetes intelectuales, la nueva izquierda habría incluido todo un entramado de emergencia generacional y de crítica interna en el seno de la izquierda argentina que desde mediados de los años cincuenta comienza a poner en tela de juicio a sus partidos tradicionales (el Partido Comunista y el Partido Socialista). Una forma de delimitar el fenómeno consiste en atribuirle a tal manifestación la creación, hacia fines de los años sesenta e inicios de la década de 1970, de organizaciones de lucha armada (Hilb-Lutzky, 1984). Sin embargo, las manifestaciones históricamente anteriores de tal emergente generacional incluyeron actores colectivos e itinerarios individuales que no desembocaron en la lucha armada o que su acceso al horizonte guerrillero fue por demás complejo.¹⁵⁹

De este modo, conviene abordar el fenómeno justamente a partir de su complejidad: la violencia política cristalizada finalmente en organizaciones férreamente militarizadas y las memorias anacrónicamente inteligibles que emanarán del heroísmo revolucionario serán la tentativa de simplificación extrema de un proceso que, desde la caída de Perón en 1955, fue por demás imprevisible y nebuloso. Desde un punto de vista cultural, la revisión del peronismo supuso una transformación de sus representaciones visuales. Desde el punto de vista de la imagen, así como en función de sus características sociales y conceptuales, se produjo una “remarcable transformación” del peronismo, yuxtaponiéndose imaginario popular e imaginario de la revuelta (Cristiá, 2016: 221), que retomaba tramas culturales diversas en el seno de un “imaginario revolucionario transnacional”. Emergió así el mito revolucionario de Eva Perón (explotado en los años setenta,

159 Ver, en este sentido, el caso de las escisiones en el interior del Partido Socialista argentino (Tortti, 2009) o la fundación del Partido Comunista argentino en 1969 (Bouilly, 2012).

como el de *Evita Montonera*), que expresaba la irrupción de valores culturales modernos y la resignificación del rol disruptivo moral y político que encarnaba la segunda esposa del General (Ehrlich, 2018). En pleno tercer gobierno de Perón, Eva fue el centro de disputas simbólicas y estéticas: mártir popular, ella podía ser recuperada en clave revolucionaria por unos o de manera maternal por el gobierno justicialista y sus versiones más tradicionales (Cristiá, 227: 2016).

El debate sobre el significado final de la guerrilla peronista sigue por lo tanto abierto. ¿Representó Montoneros la tentativa de una guerrilla nacionalista, viendo el origen católico y nacionalista de una parte de sus fundadores, la presencia de redes católico-nacionalistas en su interior y el respeto programático de principios de intervención estatal en el marco de una economía de mercado? ¿Fue una tentativa estrictamente socialista que buscaba la colectivización de las áreas económicas argentinas? ¿O ese socialismo se definía básicamente por su voluntad de satelización explícita y concreta dentro de la influencia diplomática cubana? —lo que habría podido generar, de manera casi paradójica, el único caso de imitación exitosa del “dos, tres, muchos Vietnam”, una insurrección guevarista a la argentina, en medio de una sociedad urbana y fuertemente industrial—.

Las respuestas pueden ser legítimamente diversas ya que el proyecto en cuestión fracasó, su resultado final no puede ser apreciado globalmente y las interpretaciones dependen de algunas de sus manifestaciones empíricas parciales. El desarrollo de la Tendencia Revolucionaria del peronismo significa, para algunos autores, la presencia de una heterogeneidad radical entre el peronismo de Perón, la organización carismática construida a partir de una identidad populista, y el universo del peronismo revolucionario. Para Samuel Amaral, en una célebre obra colectiva, los “católicos montoneros descendían del entrismo trotskista practicado tras la caída de Perón”: “reclamarse peronistas” les habría permitido tener una penetración política de relativa importancia evitando su reducción a simple “maquinaria militar” (1993: 304). En la

misma línea, otros autores señalaron que varios documentos programáticos de tal organización (“Plenario” y “Estrategia y tácticas revolucionarias”, de 1968, y “Ateneo”, de 1969) buscaban nítidamente “la instalación en Argentina de un sistema socialista” (Salcedo, 2015: 251). Desde el punto de vista de la sociología política, y analizando las modalidades de organización de las clases populares a partir de tipologías extraídas de manifestaciones latinoamericanas, el sociólogo Torcuato Di Tella propone básicamente dos (además de los partidos socialistas obreros y de los partidos populistas de clase media), que reflejan, justamente por su definición típico-ideal, una delimitación neta entre pertenencia populista y pertenencia revolucionaria (2011: 239-241): los partidos social-revolucionarios (“fidelistas”) y los partidos obreros populistas (“peronistas o chavistas”).

Al contrario, en otra línea de interpretación (Lanusse, 2010: 266-267) se señala que, en la pluralidad de concepciones existentes dentro de la guerrilla peronista habría coexistido un conjunto de tensiones constitutivas en lo referente a la relación con el peronismo: la expresión “movimientista” (quienes creían que el peronismo era revolucionario y relegaban sus diferencias con él), la “tendencia revolucionaria” (quienes ponían el acento en su potencialidad revolucionaria, conviviendo así tácticamente con los “burócratas”) y, finalmente, los “alternativistas” (quienes mantenían la identidad peronista sin querer convivir con los burócratas, y definiendo al líder como referente “burgués”). Sin embargo, en esta misma línea se reconoce que uno de los grupos originales de Montoneros, el erigido alrededor de Emilio Maza y Fernando Abal Medina, encarnaba, previo a su fundación, su expresión más foquista (Lanusse, 2006: 132, 141-142). Hacia 1972, Montoneros se habría estructurado en función del foquismo “teorizado” por Régis Debray pero de una forma híbrida: aceptaba el rol político de Perón (aspecto impensable en el imaginario guevarista y en el del intelectual francés) aunque de manera secundaria (en el origen de profundas tensiones con el resto del mundo peronista). Populismo y revolución: ¿tensión, enemistad, afinidad o síntesis?

Nebulosas militantes entre revolución, reforma y pueblo

Podemos abordar las consideraciones bibliográficas precedentes a la luz de manifestaciones sociopolíticas dispersas. En efecto, el mundo rasante de los militantes, de sus proyectos, de sus redes, de sus organizaciones y de sus itinerarios nos lleva a precisar finamente el alcance de algunos procesos de politización. Ello completa, a veces, o corrige, en otras oportunidades, algunas consideraciones meramente intelectuales o generalizantes.

La profundización contestataria durante la segunda mitad de la década de 1960 y los tejidos de la Tendencia Revolucionaria en los primeros años de la década siguiente se proponen revalorizar a la Resistencia Peronista como primer modelo insurreccional de intransigencia peronista. En efecto, la lógica de la violencia se fue gestando en respuesta a las decisiones más drásticamente antiperonistas que se tomaron desde fines de 1955. Sin embargo, los actores concretos, las prácticas utilizadas y las representaciones construidas obedecieron a entramados mucho más complejos que los argumentos invocados por Montoneros alrededor de la “Patria Socialista”.

La exclusión de Perón de la vida política argentina fue total, y la del peronismo por momentos también lo fue. La represión de sus adherentes, extremadamente dura. Y la desactivación de ciertas tentativas de recuperación del poder, netamente sangrienta. En junio de 1956, militares peronistas producen un levantamiento que es finalmente aplastado y sus responsables fusilados. La memoria entroniza tal gesta, la visualiza como un episodio tendiente a producir el retorno de Perón al país. En los hechos históricos, la afinidad entre tales militares y el líder exiliado, y la aceptación por parte de Perón a tal modalidad de recuperación del poder (lo que, en lo concreto, debilitaba su autoridad popular máxima) es mucho menos evidente (Melón Pirro, 2009). Ese peronismo insurreccional, aun cuando se manifestaba extremadamente devoto de la figura de Perón, producía imágenes difícilmente compatibles con el estilo y la tra-

yectoria de este último. Incluso, podía desafiar veladamente sus decisiones, apelando a diferentes declaraciones falsificadas, desautorizando por ejemplo el acuerdo entre el líder y el dirigente radical Arturo Frondizi para las elecciones presidenciales de 1958.¹⁶⁰

Así, la Resistencia, tiempo después mitificada, encarnó en los hechos un “terrorismo amateur” (Melón Pirro, 2009: 245). Y tuvo manifestaciones en diferentes puntos urbanos del país (Álvarez, 2016). Lo *guerrillero* se erigió, y antes del éxito de la Revolución cubana, en un valor de la cultura peronista¹⁶¹ —al menos para sus activistas y para los nuevos *compagnons de route*—. En la primera mitad de los años sesenta, varias publicaciones militantes y organizaciones de juventud, que por momentos fueron estrictamente grupúsculos, desarrollaron una actividad política y de propaganda intensas.¹⁶² En ese contexto, ven la luz organizaciones como Guardia de Hierro,¹⁶³ el Comando de Organización, el Movimiento Nacionalista Revolucionario Tacuara, el Movimiento Revolucionario Peronista, entre otros núcleos de juventud peronista. Y publicaciones diversas, vinculadas a diferentes espacios de activistas: *Trinchera de la Juventud Peronista*, *Palabra Argentina*, *GH*, *Argentinos a la Lucha*, *18 de Marzo*, entre otras. Como ha sido señalado (Ehrlich, 2013), antes de la realización del Concilio Vaticano II y de la impronta guevarista alrededor del “Hombre Nuevo” comenzó a manifestarse un “combativismo juvenil” alrededor de figuras heroicas y sacrificiales provenientes de referencias católicas y del nacionalismo. Ello incluso invertiría los argumentos explicativos, ya que podría pensarse en el rol jugado por trayectorias nacionalistas en el proyecto de Guevara —por

160 Tal es el caso, por ejemplo, de la publicación *El Guerrillero*, del Comando Nacional de la Resistencia Peronista, uno de los más insurreccionales de la época.

161 Por ejemplo, la guerrilla peronista implantada entre Tucumán y Santiago del Estero “Uturuncos”.

162 En el contexto de inicios de los años setenta, surgieron publicaciones estrictamente vinculadas a Montoneros (Slipak, 2015).

163 Ver, por ejemplo, Cucchetti (2013).

ejemplo, el caso del ex miembro de la Alianza Libertadora Nacionalista argentina, Jorge Masetti (Rot, 2010)—, lo que habría contribuido a gestar la ética revolucionaria del sacrificio. Los actores, los espacios de sociabilidad y los valores activistas que animaron el clima contestatario a principios de la década de 1960 encontraron en el peronismo el vehículo ideal en términos de pertenencia insurreccional. Los orígenes católicos de tales vectores de la contestación y las reivindicaciones políticas nacionalistas nutrieron en gran medida dicha pertenencia.

Así, las representaciones revolucionarias estuvieron bien extendidas en el arco de los órganos de propaganda peronista. La militancia territorial, sindical y activista implicaba la existencia de publicaciones dirigidas por los jóvenes militantes que se entrenaron políticamente en las experiencias y los valores de la Resistencia. Para citar un solo ejemplo, está el caso de la publicación *Compañeros*, fundada en 1963, núcleo a partir del cual se constituye el Movimiento Revolucionario Peronista. En esas páginas se repetían algunos valores clásicos de un peronismo entendido en clave insurreccional. Perón era un dirigente revolucionario, Eva, una líder revolucionaria; gran parte de la dirigencia sindical y partidaria eran burócratas que traicionaban el más genuino legado de Perón; el discurso implicaba la adopción de una violencia retórica incontestable y una idealización del sacrificio activista (Funes, 2018).

El lenguaje contestatario, las apelaciones guerreras y la denuncia del capitalismo y del imperialismo, elementos que podrían significar una profunda atracción en términos de utopía radical de izquierda, no se invocaban al interior de las izquierdas, del esquema analítico del marxismo o de los objetivos del colectivismo socialista. La izquierda argentina, para muchos de estos actores, integraba el amplio mundo antiperonista, y una enajenación con respecto a los intereses nacionales y populares. La aceptación de la Revolución cubana era posible en tanto que modalidad nacional de la liberación nacional: el peronismo era el representante exclusivo de esta misma pretensión en Argentina (Funes, 2018: 130, 167). La posibilidad, sin em-

bargo, de desembocar en una concepción “leninista” (foquista) de la guerra revolucionaria no estaba completamente descartada.

Sin embargo, la radicalización ideológica no produjo necesariamente una radicalización política en términos de violencia guerrillera (Ollier, 1998). Desde el nacionalismo y desde el peronismo intransigente, munidos de una retórica insurreccional, no se llegó necesariamente a la violencia armada —en algunos casos, hubo, entre 1973 y 1976, una oposición visceral al foquismo—. Comprender tales bifurcaciones (de la agitación sesentista a la oposición a la lucha armada) y pasajes (del peronismo a la guerrilla guevarista, de los orígenes de izquierda al peronismo revolucionario) es central para dar cuenta de la complejidad existente en los itinerarios militantes de la época.

La fascinación resistente que había producido la radicalidad peronista en un contexto de exclusión política trastocó la antigua identificación que diferentes voceros tradicionales de la izquierda argentina habían producido del justicialismo como versión local del fascismo. No se trató sólo (ni tanto) de un fenómeno intelectual sino de un conjunto de experiencias concretas en términos de sociabilidad y de mutación de pertenencias.

Así, en tanto que representación nativa, el populismo como identidad no constituye un dato siempre evidente.¹⁶⁴ En algunos casos, como en ciertas variantes clasistas (peronistas o no), se rechaza explícitamente la identidad populista —entre otras manifestaciones que eran ajenas a la clase obrera—. En otros casos, al contrario, la retórica que insiste en una identidad popular inextricablemente ligada al peronismo resulta un vector esencial dentro de la justificación de la adhesión política. Hemos encontrado tal vector en entrevistas realizadas a militantes politi-

164 Aunque conviene reconocer que la idea de populismo está mucho más presente en el lenguaje de los autores que en el de los actores, quienes muchas veces adoptan tal identidad como consecuencia de la proliferación de discursos exógenos.

zados durante los años sesenta y setenta, provenientes de diferentes ciudades argentinas. Sus orígenes socioeconómicos son diversos, la mayoría habiendo realizado estudios universitarios. Ideológicamente, los *peronistas puros* (es decir, aquellos que surgieron de familias peronistas y que no habrían tenido mayores dilemas al momento de participar políticamente en las filas de tal movimiento político) son raros. En ellos, incluso, adherir al peronismo supuso alguna forma de reinención de la pertenencia (su peronismo no es el mismo que el de sus familias de origen) o de rodeo por organizaciones nacionalistas o de izquierda —en este sentido, la familia no socializa políticamente de manera automática o *transparente*—. Para los ajenos al “movimiento nacional”, los antecedentes previos al “encuentro” con el pueblo podían provenir de la izquierda trotskista, del socialismo, de las juventudes comunistas, de los activistas formados en Tacuara, de otros espacios nacionalistas, del compromiso católico y de la democracia cristiana (este último no coincide siempre con la participación en las filas del movimiento católico), entre otras opciones posibles.

Podemos analizar algunos ejemplos cuya politización evidencia de manera dinámica los itinerarios entre orígenes familiares, militancia y causas estructurantes alrededor de la idea revolucionaria, la idea populista y la pertenencia reformista.

Nacido en 1944 en Salta, el caso de Armando Caro Figueroa es por demás significativo al retomar dos características menos abordadas: primeramente, cómo se construye la adhesión política entre militancia universitaria y contexto represivo en el interior del país y en un universo geográfico e institucional por demás específico debido a su menor desarrollo urbano (su politización coincide con diferentes proyectos que veían en Salta, Tucumán y Santiago del Estero posibles terrenos de construcción de focos armados); seguidamente, el caso de Caro, hijo del dirigente justicialista histórico José Armando Caro, pone de manifiesto cómo se reperonizan aquellos estudiantes que provienen de familias peronistas (en su caso, de un peronismo “notable”, marcado traumáticamente por el golpe de Estado de 1955), tipo de trayectoria mucho menos estudiado.

Caro Figueroa, militante ya durante sus estudios secundarios, es una activa figura dentro de la carrera de Derecho de la Universidad Nacional de Tucumán. Allí integra la agrupación Avanzada Reformista, en pleno proceso de radicalización. A inicios de la década de 1960, adhirió a Palabra Obrera del trotskista Nahuel Moreno, ya que tal organización lograba reunir dos valores que él comenzaba a profundizar dentro de sus opciones político-biográficas: el de la revolución y el del peronismo. Reinstalado en Salta, y bajo la influencia de un intelectual miembro de la Guardia de Hierro, Pedro González, comenzó a militar en grupos peronistas locales, compuestos de abogados recientemente peronizados. A inicios de la década de 1970, Caro participa, junto a González, de la fundación de la Agrupación Reconquista, que forma parte de las redes de Guardia, en particular de la Organización Única del Trasvasamiento Generacional, impulsando la candidatura de Miguel Ragone para oponerse, poco tiempo después, a este último, gobernador identificado con la Tendencia Revolucionaria. Si su trayectoria estudiantil fue efímera (se graduó de abogado precozmente sin tener aún 20 años, por haber terminado el secundario en pocos años), su caso evidencia el proceso de politización que suponía pasar del centro de estudiantes (del que fue presidente a los 18 años) a la posible gestación de una implantación foquista, desembocando a la militancia peronista junto a jóvenes abogados sumados a tal causa.

Otras trayectorias estuvieron más centralmente ligadas al mundo estudiantil y a la creación de organizaciones que combinaron militancia universitaria con militancia política. Procedente de una “clase media judía” (Grabois, 2014: 21), con apenas 12 años en las jornadas que desembocan en el derrocamiento de Perón en 1955, Roberto Grabois proviene del Partido Socialista (PS). Su familia tenía una relación extremadamente estrecha con el dirigente socialista David Tieffemberg. Allí comenzó siendo un precoz militante de la rama juvenil. En la segunda mitad de los años cincuenta, y producto de la penetración que el hecho peronista producía en el partido (caracterizado hasta allí por su marcado socialismo liberal y, consecuentemente, su an-

tiperonismo), el PS atravesó escisiones y disidencias. Grabois fue testigo de ellas. Diferentes cuadros socialistas comenzaron a entablar relaciones con miembros de la Resistencia Peronista. La Revolución cubana y la invasión de Bahía de los Cochinos en 1961 produjeron nuevas tensiones en este espacio partidario.

En su propia experiencia, él atraviesa una serie de decepciones. En 1961, precisamente, asiste, como miembro de la delegación socialista, al Foro de las Juventudes en la Unión Soviética. Según su relato, allí descubre una realidad que está muy alejada de la idea de progreso social y de humanismo con el que se identificaba al comunismo (Grabois, 2014: 80-98). Al mismo tiempo, sus redes militantes en Argentina comenzaban a alistarse detrás del proyecto de Guevara. Ello lo llevó a confirmar la existencia de solidaridades por demás ceñidas entre “aparato cubano”, estrategia continental y cuadros socialistas (Grabois, 2014: 75). Como dirigente estudiantil, y profundizando sus contactos con redes del peronismo revolucionario de la época (por ejemplo, el dirigente de la Juventud Peronista Gustavo Rearte), Grabois comenzó a construir una legitimidad en el interior de las agrupaciones universitarias. Progresivamente, y debido a la presencia del “aparato cubano” (verdadera constante en su relato), él manifestó una creciente identificación con el peronismo. Figura de faro del Frente Estudiantil Nacional (FEN), proceso organizativo que data de mediados de los años sesenta con implantación en los principales centros universitarios del país, Grabois propone una justificación intelectual que insiste con dos tiempos de adhesión política: la “nacionalización” y, enseguida, la “peronización” de los estudiantes. En 1971, en representación del FEN, se reúne con Perón para sellar el ingreso de su agrupación a las huestes peronistas.

Entrevistado junto con otros dirigentes estudiantiles por los realizadores Fernando Solanas y Osvaldo Getino en el marco del célebre documental *La hora de los hornos* (1968), Grabois precisa el deber de las luchas universitarias, subordinadas a las luchas nacionales, lo que da pie a comprender cuál es el valor específico (es decir, no en tanto que “modelo a imitar”) de la Revolución cubana:

Tal vez lo que podríamos decir, que lo que caracteriza el proceso del movimiento estudiantil, venir desde el universitarismo, entendido este como el de la lucha de grandes ideales desde una perspectiva estrecha, parcializada como universitarios, y de tipo paternalista respecto al movimiento popular, hacia una conciencia nacional entendida esta como fusión con el movimiento popular. Conciencia de que la lucha por una patria liberada, por una patria socialista, deviene inevitablemente de nuestra fusión con el eje fundamental de la revolución argentina, que es la clase obrera. Y una clase obrera no entendida como categoría abstracta, sino entendida en su historia, en sus luchas, en sus sentimientos. Y de allí lo fundamental también, el proceso de toma de conciencia nacional, es la comprensión, la valorización como cosa nuestra, como cosa propia, del proceso peronista, del significado del peronismo para la clase obrera argentina. El peronismo no de los burócratas, entregadores de la lucha para la negociación y la conciliación. El peronismo de las masas, el peronismo de la lucha antiimperialista, el peronismo antiyanqui, revolucionario, que marca, sin dudas, el derrotero del camino nacional hacia el socialismo. En este sentido, ha tenido una gran influencia el proceso de la Revolución cubana. Revolución nacional, nacionalista y antiimperialista que, en cuyo legado, es para nosotros, marxistas-leninistas, no interpretar este método y esta guía para la acción como un sombrero para pretender encasillar e imponerlo al movimiento popular. Sino como un método de encuentro, de entronque, con la historia, con la vida de nuestra clase obrera, para gestar en conjunto, con ella adelante, junto a nuestro pueblo, en el camino de la liberación nacional y hacia la construcción del socialismo.¹⁶⁵

165 Declaración de Roberto Grabois en el documental *La hora de los hornos* (1968).

Tal visión busca situar el rol positivo de la experiencia cubana,¹⁶⁶ sin sostenerla como eje o modelo de la transformación política en Argentina, y sin dar lugar tampoco a un posicionamiento anticastrista. Es decir, Grabois hace explícita su procedencia “marxista-leninista”, el hecho de no haber nacido en el peronismo. Es más, esto incluye una crítica al “universitarismo”, en el cual la reivindicación particular realizada desde los “grandes ideales” es efectuada desde una “perspectiva estrecha”. Se trata de evocar la vieja antinomia entre intelectuales y peronismo, entre universidad y pueblo. La “toma de conciencia” implica un reconocimiento de lo nacional, de la identidad obrera (peronista), de la particularidad de la revolución argentina. Allí se inscribe el camino nacional hacia el socialismo, la vía revolucionaria que, en clave antiimperialista, debía hacer posible a la liberación nacional. ¿Revolución cubana? Sí, pero en Cuba. Lo cual muestra la complejidad que manifestarán las oposiciones y alianzas políticas durante los años setenta cuando el propio presidente Perón se encargue de invocar, ante la continuidad operativa de las organizaciones armadas, el deber de erradicar toda forma de guerrilla.

Ahora bien, dicha centralidad alrededor de la figura de Perón no excluía otras pertenencias que se fueron elaborando, las que resuelven la ecuación “pueblo - clase obrera - identidad política” de otra manera. El “peronismo de base” expresa, a inicios de los años setenta, una reivindicación atravesada de críticas hacia los “enemigos internos”. El proyecto, una organización independiente de la clase obrera —que llegaba casi a la incompatibilidad con el movimiento que reivindicaban—. Alrededor de una cultura clasista, podía afirmarse que “ya no creemos en ‘desarrollistas’, ‘nacionalistas’, ‘populistas’, ‘golpistas’, sólo creemos en nuestras

propias fuerzas de clase explotada”,¹⁶⁷ agregando además que “nosotros no somos ‘populistas revolucionarios’ porque creemos que la clase obrera es la que tiene la capacidad numérica y de decisión para dirigir un proceso revolucionario y para construir una sociedad sin explotación”.¹⁶⁸ Entonces, tal peronismo de corte clasista pretendía purificar las deformaciones, las “nostalgias” y las “traiciones” en el seno del propio movimiento político buscando concretar la utopía de una organización plenamente autónoma de la clase obrera.

Conclusiones

La agudización del proceso represivo desde el ongiato, que afectó particularmente a los medios universitarios, produjo, contrariamente a lo que fue una década después del llamado Proceso de Reorganización Nacional, una fuerte movilización y radicalización de los estudiantes y de las agrupaciones estudiantiles. Tal conmoción profundizó una tendencia ya existente que llevaba a los estudiantes del claustro a la política territorial, sindical y/o activista. Grabois sostiene que, justamente, la “Revolución Argentina” impedía la continuidad de la creencia en la universidad como “isla democrática”, como sí había sido el caso una década antes, durante la “Revolución Libertadora” y la caída del peronismo. En otros términos, la vida universitaria dejaba de estar ajena a las tensiones que producían las proscripciones políticas y el autoritarismo de los gobiernos cívico-militares.

Como los estudiantes se desplazaban de las aulas a las calles, de los libros a las fábricas, de los exámenes a las villas o incluso a los focos pero también a las cárceles, el peronismo aparecía como un destino ineludible para muchos de ellos: en sus narrativas y justificaciones, era el sujeto de la liberación nacional y popular. Lo que exige pensar histórica y conceptualmente

166 En sus memorias, el mismo actor sostiene que Cuba siguió sosteniendo el apoyo al “aparato” guerrillero en Argentina durante el gobierno peronista, a pesar de las relaciones económicas sostenidas por el ministro de economía peronista José Gelbard y la isla, tendiente a evitar su bloqueo económico (Grabois, 2014: 462-463).

167 “¿Por qué somos peronistas de base?” de 1971 (comillas en el texto).

168 *Ibidem* (comillas en el texto).

las características de tal proceso político, ya que la época no era la misma que la que se encuentra signada por el golpe de 1955.

En términos conceptuales, surge un interrogante: ¿cuál es la pertinencia de la idea de populismo en un período signado por la puesta en suspenso de la dominación carismática, por el avance de la identidad revolucionaria y de la cultura disruptiva, por el auge de proyectos socialistas definidos igualmente en ruptura con la tutela comunista tributaria de la coexistencia pacífica y de la supremacía diplomática soviética? La pregunta incluye interrogantes diversos, pero queda claro que, como hemos abordado en otros trabajos (Cucchetti, 2013), el *guerrillismo* justicialista que emerge en el contexto de la Resistencia se realimenta de la emergencia del fenómeno cubano y de otras legitimidades tercermundistas. La dominación carismática, en cuestionamiento por el exilio del fundador, se potencia con una reapropiación revolucionaria del carisma del líder teñida de acentos *maoístas*. Y la afinidad entre justicialismo y revolución, concretizada en diferentes proyectos de poder, da lugar a solidaridades y tensiones que apuntan a dirimir quién es o qué es, en definitiva, el polo de poder en la sociedad política nacional de la época. La antigua tradición populista está atravesada por numerosos conflictos, pero también se extiende en la presencia de lógicas que le eran completamente ajenas o simplemente marginales.

La radicalidad que adquirió el peronismo podía ser interpretada (o confundida, para los lectores más puristas) como una versión vernácula de la idea revolucionaria. O como concretización nacional de la utopía socialista. Ello dio lugar a diferentes tentativas de síntesis, algunas de ellas comenzaron incluso durante el período del peronismo clásico. Desde el punto de vista de la historia intelectual, se produjeron dos grandes intentos de síntesis: tanto desde el lado de los ideólogos marxistas (el peronismo como horizonte de la liberación social y expresión de las luchas obreras) como desde los anhelos antiimperialistas de los nacionalistas (donde el peronismo representaba el vehículo privilegiado de la liberación nacional).

Desde el lado del peronismo, la cultura revolucionaria se insertaba en sus espacios militantes para definir cómo debían establecerse los criterios de la contestación activista. Esto implicó la adopción de un repertorio vasto y diferencial, como el trabajo de agitación, los dispositivos de propaganda, las actividades de vinculación territorial (compromiso en los barrios, alrededor de la población carenciada), de vinculación en los medios obreros (alrededor de los sindicatos), las estrategias de movilización y, desde ya, los debates sobre la posible creación de partidos armados: ¿insurrección popular o guerra de guerrillas (esta última, en ascenso desde 1959-1961)? ¿Foco guevarista o guerrilla urbana?

Agreguemos un entramado colectivo que, irrumpiendo en el peronismo, encuentra en este un espacio ideal para plasmar en su interior un compromiso secular de orígenes mesiánicos: las redes y trayectorias del catolicismo (Donatello, 2010). La participación de los católicos en diferentes espacios políticos contestatarios constituye una verdadera turbina de politización radical, que puede desembocar, aunque no obligadamente, en la violencia revolucionaria.

El antiliberalismo, asociado a una visión de lo nacional entendido en clave revisionista, representaba un terreno común por demás extendido en tal clima de época. Este antiliberalismo, transformado en radicalidad mesiánica, ofrecía un espacio de entente entre las lógicas nacionalistas (dinámica populista) y las ambiciones rupturistas de actores, representaciones y grupos provenientes de horizontes sociales históricamente hostiles al peronismo (dinámica revolucionaria). La relación entre sectores dirigentes (en el sentido vasto, de actores dotados de recursos de poder) y peronismo no era un hecho extraño en la historia de los orígenes de este último, cuando elites *anti status quo* (Di Tella, 2011) adhirieron al primer proyecto peronista desde diversos entramados institucionales — Iglesia, fuerzas armadas, intelectuales, partidos radicales y conservadores, dirigentes sindicales que se conformaron como entramados de poder—. El período que se abre entre 1955 y 1956 verá acrecentar, con el correr de los años, la llegada de estudiantes y activistas que se definirán

como peronistas. El control de estas adhesiones por parte de Perón, alejado del poder, devendrá extremadamente parcial, precario. Y estará a la base de la ruptura entre él y Montoneros pocos días antes de su muerte.

“Ir al pueblo”, reivindicar a la clase trabajadora cuando justamente la socialización y la sociabilidad políticas se encontraban ajenas al universo proletario industrial, significó en Argentina la particularidad de la implantación de una pertenencia colectiva estructurada, la de la adhesión peronista, la de un partido carismático. A diferencia de otras realidades donde se presenta ese mismo tipo de legitimidad (en Europa se trataba de buscar el rostro revolucionario en los explotados del Tercer Mundo; en diferentes países latinoamericanos, la existencia de tradiciones de partidos de izquierda constituía un dato insoslayable), en el caso argentino, el mundo obrero ya presente tenía características sociopolíticas propias —ello obedece más a una estructura política existente que a los condicionamientos socioeconómicos o a los supuestos del enfoque de la modernización—. Entonces, hacia 1973, la coexistencia entre populismo peronista y partido revolucionario fidelista se traduce estrictamente en una antinomia.¹⁶⁹ Se trata menos de un clivaje que de una tensión: los actores y posicionamientos son cambiantes, las alianzas y discursos, provisorios, hasta

169 En este sentido, la tensión “Perón o muerte” analizada por Silvia Sigal y Eliseo Verón (2003), entre proyecto totalitario de Montoneros de un lado y distancia entre peronismo y totalitarismo de otro (en otros términos, el Perón de los revolucionarios armados y el populismo desestabilizador, paradójicamente democrático e institucional —aunque poco republicano—, del primer peronismo), se manifestaron, al menos en los episodios de 1973 y 1974, en términos irreductibles. Tensión y no clivaje que incluso penetró diferentes experiencias militantes y proyectos intelectuales. Gerardo Aboy Carlés sostiene que, por ejemplo, los significados del populismo en Ernesto Laclau (joven militante en los años sesenta) son diversos, teorizando aspectos centrales del populismo clásico, pero dando lugar a interpretaciones claramente jacobinas, cristalizadas sobre todo en su célebre último libro *La razón populista* (2017). Esto permite explicar, desde nuestro punto de vista, la influencia del intelectual argentino en las filas de experiencias de izquierda europea como Podemos y la France Insoumise. Podemos remitir, igualmente, a una contribución reciente de Cucchetti (2019).

que, entre las “milicias populares”¹⁷⁰ y la masacre de Ezeiza (20 de junio de 1973), se cristaliza una oposición aguda: el peronismo en el poder debía erradicar la lucha armada. Es este populismo el que bloquea, en definitiva, la difusión popular de la idea socialista, que en su versión “socialista nacional” no era otra cosa que, en el mejor de los casos, una expresión sinónima de “movimiento peronista”. Una parte de la intelectualidad de izquierda y de los partidos armados, munidos de diferentes versiones de guevarismo y de fidelismo, pensaban en la posible influencia de la vía cubana como modelo cuya importación parecía posible. Tal tentativa, en los hechos, representó un fracaso ineluctable.

Referencias bibliográficas

Libros

Altamirano, C. (2011) [2001]. *Peronismo y cultura de izquierdas*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Amaral, S. (2018). *El movimiento nacional popular*. Gino Germani y el peronismo. Sáenz Peña: UNTREF.

Cosse, I. (2010). *Pareja, sexualidad y familia en los años sesenta*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Cristiá, M. (2016). *Imaginaire péroniste. Esthétique d'un discours politiques 1966- 1976*. Rennes: PUR.

Cucchetti, H. (2013). *Servir Perón. Trajectoires de la Garde de Fer*. Rennes: PUR.

Di Tella, T. (2011). *Sociología de los procesos políticos. De la movilización social a la organización política*. Buenos Aires: El Ateneo.

Donatello, L. (2010). *Catolicismo y Montoneros. Religión, política y desencanto*. Buenos Aires: Manantial.

170 Rodolfo Galimberti, dirigente montonero de la Juventud Peronista, propuso, en abril de 1973, la creación de “milicias populares”, generando un profundo malestar en Perón y su entorno.

- Georgieff, G. (2008). *Nación y revolución: itinerarios de una controversia en Argentina 1960-1970*. Buenos Aires: Prometeo.
- Hilb, C. y Lutzky, D. (1984). *La Nueva Izquierda argentina 1960-1980. Política y violencia*. Buenos Aires: CEAL.
- Hobsbawm, E. (2010 [1994]). *Historia del siglo XX*. Buenos Aires: Crítica.
- Lanusse, L. (2010) [2007]. *Montoneros. El mito de sus 12 fundadores*. Buenos Aires: Zeta.
- Levitsky, S. (2005). *La transformación del justicialismo. Del partido sindical al partido clientelista, 1983- 1999*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Manzano, V. (2017). *La era de la juventud en Argentina. Cultura, política y sexualidad desde Perón hasta Videla*. Buenos Aires: FCE.
- Neiburg, F. (1998). *Los intelectuales y la invención del peronismo*. Buenos Aires: Alianza.
- Ollier, M. M. (1998). *La creencia y la pasión: privado, público y político en la izquierda revolucionaria*. Buenos Aires: Ariel.
- Ory, P. (2017). *Peuple souverain: de la révolution populaire à la radicalité populiste*. París: Gallimard.
- Rot, G. (2010) [2000]. *Los orígenes perdidos de la guerrilla en la Argentina*. Buenos Aires: Waldhuter.
- Rouquié, A. (2016). *Le siècle de Perón. Essai sur les démocraties hégémoniques*. París: Seuil.
- Slipak, D. (2015). *Las revistas montoneras. Cómo la organización construyó su identidad a través de sus publicaciones*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Sigal, S. (1991). *Intelectuales y poder en Argentina*. Buenos Aires: Puntosur.
- Sigal, S. y Verón, E. (2003) [1988]. *Perón o muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista*. Buenos Aires: Eudeba.
- Spinelli, M. E. (2013). *De antiperonistas a peronistas revolucionarios. Las clases medias en el centro de la crisis política argentina (1955- 1973)*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Taguieff, P. A. (2007) [2002]. *L'illusion populiste. Essai sur les démagogies de l'âge démocratique*. París: Champs-Flammarion.
- Terán, O. (2017 [1991]). *Nuestros años sesenta. La formación de la nueva izquierda intelectual argentina*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Tortti, M. C. (2009). *El "viejo" partido socialista y los orígenes de la "nueva" izquierda*. Prometeo: Buenos Aires.
- Artículos, capítulos de libros, tesis y comunicaciones en congresos y coloquios*
- Aboy Carlés, G. (26-28 de julio de 2017). *Populismo y polarización política. Noveno Congreso Latinoamericano de Ciencia Política*. Asociación Latinoamericana de Ciencia Política, Montevideo.
- Álvarez, Y. (2016). *Aportes para una historia de la Revolución Libertadora en Mendoza*. Páginas. Escuela de Historia, 8(16), pp. 7-24.
- Amaral, S. (1993). Conclusión. Del exilio al poder: la legitimidad recobrada. En S. Amaral y M. Ben Plotkin, *Perón: del exilio al poder* (pp. 281-308). Buenos Aires: Cántaro.
- Bouilly, F. (2012). La Federación Juvenil Comunista como ariete de la ruptura del Partido Comunista de la Argentina, 1967/1969. *Jornadas de Historia Reciente*. UNL, Santa Fe.
- Cucchetti, H. (25 de enero de 2019). Péronisme ou voie cubaine en Argentine: une histoire transnationale par défaut. *Etudes transaméricaines, Institut des Amériques de Rennes*.
- Ehrlich, L. (2018). El mito revolucionario de Eva Perón en los años sesenta: política, cultura y mercado editorial. En C. Altamirano y A. Gorelik,

La Argentina como problema. Temas, visiones y pasiones del siglo XX (pp. 313-325). Buenos Aires: Siglo XXI.

(1913). Nacionalismo y arquetipo heroico en la Juventud Peronista a comienzos de la década del 60. *Anuario IEHS*, (28), pp. 37-57.

Funes, A. (2018). *Una voz en la bruma. El semanario Compañero y la tradición peronista en los años 60*. Tesis de Maestría en Ciencia Política, IDAES-UNSAM.

Lanusse, L. (2006). Del motor pequeño al grande. El debate acerca de la relación entre lucha política y lucha militar en los orígenes y primeros tiempos de Montoneros. *Cuestiones de Sociología. Revista de Estudios Sociales*, (3), pp. 117-142.

Salcedo, J. (2015). *Estrategias y tácticas de la militancia originaria de Montoneros. 1967- 1969*. *PolHis*, año 8, (16), pp. 224-257.

Tortti, M. C. (2000). Protesta social y Nueva Izquierda en la Argentina del Gran Acuerdo Nacional. En H. Camarero, P. Pozzi y A. Schneider, *De la Revolución Libertadora al menemismo* (pp. 135-160). Buenos Aires: Imago Mundi.

Documentos y archivos

Memorias y testimonios:

Grabois, R. (2014). *Memorias de Roberto "Pajarito" Grabois. De Alfredo Palacios a Juan Perón (1955- 1974)*. Buenos Aires: Corregidor (Archivo oral del autor sobre trayectorias militantes peronistas de los años 1960-1970).

Documentales:

La hora de los hornos, de Fernando Solanas y Octavio Gettino, 1968.

Archivos web:

Basquetti, R. Militantes del peronismo revolucionario uno por uno. Recuperado de <http://www.robertobaschetti.com/uno%20x%20uno.htm>.

Publicaciones militantes:

Trinchera de la Juventud Peronista

Palabra Argentina

GH

Argentinos a la Lucha

18 de Marzo